

A LA PUERTA DE NUESTRA CASA

Jesús va a la casa de Simón.

Los discípulos le hablan de la suegra. No puede salir a acogerlos pues está postrada en cama con fiebre. Jesús no necesita más. De nuevo va a romper el sábado. Para él lo importante es la vida sana de las personas. El relato describe con todo detalle los gestos de Jesús con la mujer enferma.



“Se acercó”. Él lo primero que hace siempre: acercarse a los que sufren, mirar de cerca su rostro y compartir su sufrimiento. Luego “la cogió de la mano”: toca a la enferma, quiere que la mujer sienta su fuerza curadora. Por fin “la levantó”, la puso de pie, le devolvió la dignidad.

Así está siempre Jesús en medio de los suyos: como una mano tendida que nos levanta, como un amigo cercano que nos infunde vida. Jesús solo sabe servir, no ser servido. Por eso la mujer curada por él se pone a “servir” a todos. Sus servidores han de vivir acogiéndose y cuidándose unos a otros.

Jesús es para los cristianos “la mano que Dios tiende” a todo ser humano necesitado.

Al llegar la oscuridad de la noche, la población entera con sus enfermos “se agolpa a la puerta”. Los ojos y las esperanzas de los que sufren buscan la puerta de esa casa donde está Jesús. La Iglesia solo atrae de verdad cuando la gente que sufre puede descubrir dentro de ella a Jesús curando la vida y aliviando el sufrimiento. A la puerta de nuestras casas hay mucha gente sufriendo.

A LA PUERTA DE NUESTRA CASA

SALMO DESDE LA EXPERIENCIA DE LO GRATUITO

Si tú, Señor, no construyes nuestra casa,
en vano nos esforzamos en ponerla en pie.
Si tú, Señor, no guardas nuestra ciudad,
en vano se esfuerzan los que la vigilan.

Construye, señor, nuestra casa:
afírmala en la verdad.
Construye, Señor, nuestra casa:
levántala sobre el amor.
Construye, Señor, nuestra casa:
ponla en pie sobre la fe.
Construye, Señor, nuestra casa:
ciméntala en la esperanza.

Guarda nuestra ciudad: libéranos del
egoísmo y el orgullo.
Guarda nuestra ciudad:
sálvanos del pecado de la indiferencia.
Guarda nuestra ciudad:
rescátanos de la mentira disfrazada.
Guarda nuestra ciudad:
libéranos del mundo de las injusticias.

Antífona

Aquí me tienes
Señor,
yo quiero amarte
Amando al pobre
y a aquel
que sufre más.
Tuyo es mi pan
y el agua
de mi fuente,
Ven a mi casa
y amor
encontrarás

Queremos madrugar, Señor, para gastar la
vida en tu servicio.

Queremos madrugar, Señor,
para ayudar a ponerse en pie al hombre.
Queremos madrugar, Señor,
para comprometernos con los que sufren.
Queremos madrugar, Señor,
para construir un mundo nuevo.

Tú has llenado nuestras vidas
con tus dones y riquezas.
Nos has engrandecido
porque sencillamente eres bueno.
Danos un corazón
capaz de compartir con los hermanos.
Danos un corazón capaz
de ser en el amor, los primeros.

Llena nuestra aljaba de tu amor
y que nos sintamos felices.
Abre nuestra vida al don
y que dejemos en el camino flores.
Ayúdanos a descubrir
que hay mas gozo en dar que en recibir.
Danos un corazón libre,
capaz de caminar ligeros de equipaje.

Marcos 1,29-39

Después salió de la sinagoga y con Santiago y
Juan se dirigió a casa de Simón
y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama
con fiebre, y se lo comunicaron
inmediatamente.
El se acercó, la tomó de la mano
y la levantó.
Se le pasó la fiebre
y se puso a servirles.
Al atardecer, cuando se puso el sol,
le llevaron toda clase de enfermos
y endemoniados.
Toda la población se agolpaba a la puerta.
El sanó a muchos enfermos de dolencias diversas
y expulsó muchos demonios,
pero a éstos no les permitía hablar,
porque sabían quién era él.



Muy de madrugada se levantó, salió y se dirigió a un lugar despoblado, donde estuvo orando.

Simón y sus compañeros salieron tras él y cuando lo alcanzaron, le dijeron:

—Todos te están buscando.

Les respondió:

—Vámonos de aquí a los pueblos vecinos, para predicar también allí,
pues a eso he venido.

Y fue predicando en las sinagogas de toda Galilea y expulsando demonios".

PADRE NUESTRO

PADRE que miras por igual a todos tus hijos. los hombres.

NUESTRO, de todos. De los 6.000 millones de personas que poblamos la tierra, sea cual sea nuestra edad, color o lugar de nacimiento.

QUE ESTÁS EN EL CIELO, y en la tierra, en cada hombre y mujer, en los humildes y en los que sufren.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE por la fuerza de tu espíritu y por su presencia silenciosa en el corazón.

VENGA A NOSOTROS TU REINO, el de la paz, el del amor. Y aleja de nosotros los reinos de la tiranía y de la explotación.

HÁGASE TU VOLUNTAD siempre y en todas partes. En el cielo y en la tierra. Que tus deseos no sean obstaculizados por los hijos del pecado.

DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA que está amasado con paz, con justicia, con amor. Aleja de nosotros el pan de la cizaña, que siembra envidia y división.

PERDONA NUESTRAS OFENSAS, no como nosotros perdonamos, sino como tú perdonas, sin dar lugar al odio o al rencor.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN de almacenar lo que nos diste, de acumular lo que otros necesitan, de mirar con recelo *al de enfrente*.

LÍBRANOS DEL MAL QUE NOS AMENAZA: de las armas, del poder, de la sociedad de consumo, de vivir montados en el gasto, porque somos muchos Padre, los que queremos vivir en Paz .

ORACIÓN

Aún no has entrado en mi casa, Señor!
No pongas reparos, no guardes silencio,
no digas que no es el momento,
no justifiques lo sucedido.
Ya sé que no soy digno,
que no siempre estoy presente,
que, a veces, me das miedo,
que ando ocupado en otros asuntos,
que me contradigo.

Pero me hiciste así, humano.
Y también es cierto que te hablo
(¿o hablo solamente al viento?),
y que tengo hace tiempo la puerta abierta
y un trozo de pan
y un vaso de vino en la mesa.
Espero esperándote, Señor. ¡Ya lo sabes!

